

Callejón del Gato

Mientras que el Gato viviere

José Ramón Enríquez

Como uno de los *Seis personajes en busca de autor* pirandellianos, Juan Álvarez Gato llegó sin ser llamado a la entrega pasada de esta columna para reivindicar que su apellido nombra al Callejón que he hurtado, acechante entre las sombras de las *Luces de bohemia* valleinclinianas. Podría parecer una simple casualidad, pero creo firmemente que Nada es casual al tiempo de que Todo es aleatorio y, sin embargo, ambos extremos forman parte de un lenguaje cuya lógica subterránea no es fácil descifrar. Lenguaje con el que tal vez se han escrito mensajes que empezaron hace ya mucho tiempo para después dejarse de oír pero que hoy vuelven y exigen recordar lo hace mucho olvidado.

Así, hace un mes se coló un Juan Álvarez Gato, trovador del siglo XV, que da nombre a un Callejón que yo suelo usar sin derecho alguno y quise confundir con otro ya casi borrado, para hablar de un poeta distinto y distante, León Felipe, boticario que quiso ser juglarón del siglo XX. Ambos, que terminaron por ser poetas místicos a su personal manera, fueron unidos por el capricho de una de esas geografías imposibles que uno imagina cuando es niño para venir a encontrar intacta cuando es viejo. Poetas místicos todos, incluidos el autor de *Luces de Bohemia* que encendiera *La lámpara maravillosa*, y en dimensión menor el autor de una columna que acecha para hurtar y al que casualmente se le aparecen rostros. Y también, cómo no, juglares todos.

Aunque Dámaso Alonso “aproxima” a Álvarez Gato “a la expresión mística” por su glosa de un cantar popular con el estribillo “Solías venir, amor, ahora no venís, no” que dice así: “...Y conociendo, cuitado, / cuanto os era yo obligado, / siento tanto



haber errado / que me muero de dolor. / Solíais venir, amor, / ahora no venís, no”.

Pero don Juan Álvarez Gato no comenzó como poeta religioso. Todo lo contrario. Poeta erótico fue lo bastante escandaloso como para adelantarse al Calixto de *La Celestina* que, al hablar de su fe, confesaba: “¿Yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo”. Ya para entonces Álvarez Gato había trocado en una canción a la que antecedía esta explicación: “Porque el viernes santo vido á su amiga hazer los nudos de la passion en vn cordon de seda”: “...hermosa que tan hermosa / nunca en el mundo nació: / hoy mirándoos a porfía / tal passion passé por vos, / que no escuché la de Dios, / con la rabia de la mía”.

Menéndez Pelayo llega a escandalizarse porque “en otras coplas, encareciendo el amor harto general y versátil que siente por las mujeres, se resbala todavía más, y dice tales impiedades que ni en broma pueden pasar: ‘Por vos, señoras, por vos / Me fice hereje con Dios, / Adorándoos más que a Él’”. Y Menéndez Pelayo lo señala con dedo acusador porque “en las coplas a una señora que vio en la cama, mala, hace gala de su culpa, mostrándose contumaz e im-

penitente: ‘Ni me pueda arrepentir / En ningún tiempo jamás; / Y si con mucho servir / Viere mi muerte venir, / Entonces os quiera más: / Ni pueda vevir sin vos, / Ni faltaros en un pelo, / Ni querer una ni dos, / Ni decir que hay otro Dios / En la tierra ni en el cielo’”.

Don Marcelino concluye, inquisitorial como lo suele ser: “Convengamos en que los escrúpulos del poeta cuando la edad le fue madurando el seso, no carecían de algún razonable fundamento”. Se refiere el polígrafo a que, al publicar ya en la vejez su *Cancionero*, Álvarez Gato señala: “este libro va meytade / hecho de lodo y oro / la meytade es de verdades / la otra de vanidades / porque yo mezquino lloro / que quando era mozo potro / sin tener seso ninguno / el cuerpo quiso lo uno / y agora ell alma lo otro”.

No dudo del fervor traído por la edad pero no creo que su silencio entre la etapa juvenil y la madura responda sólo a una conversión. Haber estado cerca de Beltrán de la Cueva, favorito de Enrique IV, de tomar inicialmente partido por La Beltraneja y, sobre todo, ser cristiano nuevo en la corte de Isabel la Católica con la Inquisición como espada de Damocles, atemperan sus ansias juveniles. Pero, al final de todo, aun con su amor a un Dios a quien reconoce, cuitado, que le fallara, con los ojillos que no nos ven en su calle de la antigua judería, hoy conocida como Callejón del Gato, dice para sus adentros, donde la Inquisición no puede oírle:

“Quexen los que quexarán / riñan y tengan baraja, / que los ciegos lo verán / como vos soys la ventaja; / y si alguno se atreviere / en contra de lo hablado, / señora, perded cuydado / mientras qu’ el Gato viviere”. **u**